

PANEGYRICO
DE SANTA THERESA
DE JESUS,

PREDICADO EN LA IGLESIA
del Convento de Carmelitas el
Grande, en París, año
de 1679.

Multæ filiae congregaverunt divitias, tu supergressa es universas.

Muchas hijas han amontonado riquezas,
pero tú las has sobrepujado á todas. *En
el libro de los Proverbios, cap. 31. v. 29.*



No temáis, Señores, que quiera yo valerme de la ocasión, que me dan estas palabras de mi thema, para realzar mi asunto por medio de excesivos elogios, y que venga aquí à alabar una Virgen de Jesu-Christo, con perjuicio de todas las demás. No permita Dios, que me constituya juez de las virtudes, y del merito de los Santos: Dejo à Jesu-Christo, que los ha santificado por

su-

su gracia, el conocer las proporciones, y las medidas, y no quiero mas, que adorar el juicio, que ha hecho de ellos.

La Santa de quien os he de hablar en este dia, no necesita, que me valga yo para su elogio de aquellas odiosas comparaciones, que una preocupada devocion, y un zelo inconsiderado, é indiscreto suelen sacar algunas veces de la boca de los Predicadores. Basta, que yo nombre à *Santa Theresa*, para daros una idea grande de la virtud, y de la perfeccion Evangelica: ya la considere en aquella elevacion de oraciones, y de conocimientos, á que Dios la havia llamado: O ya la mire al frente de un nuevo pueblo, que Dios havia cometido à su conducta, y gobierno; yá sea, que la considere en aquel exceso de amor, y de caridad, de que su alma ordinariamente estuvo transportada: à mí me parece, que la veo superior á las otras.

Dejó esta Virgen los caminos llanos, y trillados de la virtud, para ir á Dios por otros caminos nuevos, y desconocidos. El dia de oy no me contento con daros alguna idea, y conocimiento de sus acciones; quiero, si puedo, descubrirros el todo de su espíritu, y de su alma; y mostraros lo que esta Santa ha conocido, lo que ha deseado, y lo que ha prometido.

Y así:

Division. { I. Aquellos conocimientos sublimes,
II. Aquellos deseos heroycos, y
III. Aquellas promesas extraordinarias, producirán, sin duda alguna, en vosotros, motivos de veneracion ácia el objeto de mi discurso. Quiera el espíritu de Dios, que produjo tan grandes impulsos, y movimientos en el corazon de Santa Theresa, que la memoria de sus virtudes produzca en nosotros, no una admiracion esteril, sino una sincera imitacion de su santidad. Pidamosle esta gracia por la intercesion de Maria, diciendola:

AVE MARIA.

Tom. 2.

R

PRI-

PRIMERA PARTE.

A Caso os admirareis, Señores, de que yo comience el elogio de Santa Theresa por la excelencia de su espíritu, y por la grandeza de sus conocimientos, y de sus luces. Parece, que la simplicidad, y sencillez ha de ser la herencia de las Virgenes christianas; que estas no deben saber mas, que las voluntades de Dios para seguir las; que les basta (segun las reglas de su estado) ser humildes, y dociles, y que acomodandose la gracia à la fragilidad del sexo, y de la naturaleza, ha puesto su perfeccion en oír, y no en enseñar; en obedecer, y no en gobernar, y mandar. No obstante, tambien es verdad, que delante de Dios no hay diferencia alguna de sexo, ni de personas; y que sirviendose de los mas débiles instrumentos para confundir la fuerza, y el orgullo de los hombres, eleva (quando le place) à las almas mas sencillas hasta el seno de la sabiduria. El Evangelio nos enseña, que tambien hay Virgenes prudentes, que saben obedecer, y que son capaces de mandar; que llevan en sus manos lamparas, que arden, é iluminan; y que van delante del esposo para ser las primeras en conocerle, y para mostrarle à los que las siguen.

De este numero, Señores, fue Theresa. Haviála dado Dios un espíritu vivo, penetrante, aplicado, naturalmente inclinado à dedicarse à grandes objetos, y à formarle por grandes principios. Un juicio sólido, que no se dejaba preocupar por imaginaciones, ni deslumbrar por las apariencias; que siempre se dirigia à buenos fines, y por los medios mas justos, y mas nobles; un corazón fiel, generoso, capaz de amar mucho, è incapáz de amar mas de lo que convenia; un valor, que nada le acobardaba; quando se trataba del interés de su salvacion, ó de la gloria de Jesu-Christo. Todas estas qualidades, que la

hacian acomodada para amar la verdad, para buscarla, y para seguirla, fueron como los fundamentos de tantas luces, y de tantas virtudes, como han edificado, é ilustrado à toda la Iglesia. Como ella sabia, que el conocimiento de Dios era la perfeccion de la sabiduria, comenzó à purificar todo quanto tienen los sentidos de grosero, y de terreno, para gozar de la verdad sin disipacion. Tomò su vuelo, y se elevò de tiempo en tiempo, como se eleva el nuevo polluelo de la Aguila, para ensayarse à llegar à ver la luz en su origen; y por medio de las comunicaciones, que tuvo con Dios, se llenò de aquella *Doctrina*, que la Iglesia llama *divina*, y *celestial*. (a) Mas para proceder con orden en este discurso,

Es necesario suponer, que hay dos medios de llegar al conocimiento de Dios, que son, el estudio, y la oracion: El uno le descubre por los razonamientos del espíritu, el otro por los sentimientos del corazón. Ambos consideran un mismo objeto, y se dirigen à un mismo fin. Pero hay esta diferencia; que el estudio ordinariamente engendra la presuncion; porque hay en el espíritu cierta especie de levadura, ó fermento de orgullo, con que se infla, y se dilata por la ciencia; mas la oracion produce la caridad; porque hay en el corazón del que ora, un fondo de buena voluntad, que dispone à conocer, y amar la verdad. En el estudio, el hombre es quien adquiere; en la oracion, Dios es el que dá; y así la liberalidad de Dios es infinitamente superior à toda la industria del hombre: En el estudio se eleva uno à las cosas invisibles de Dios por medio de las visibles, y à la excelencia del Criador por la de las criaturas: Por la oracion se descende de la grandeza de Dios al desapego, y

(a) *Cœlestis ejus doctrina pabulo*. Orat. of.

desprecio de todas las cosas criadas. No fue, pues, por medio del discurso por donde Theresa llegó á aquellos sublimes conocimientos; fue sí por el camino de la caridad, y de la oracion. Como se persuadió, y creyó, que lo sabia todo, quando llegase á saber á Jesu-Christo Crucificado, su amor fue su razonamiento; y su oracion fue su estudio. Quiso este divino Salvador, por una gracia muy singular, servirle él mismo de libro. Allí fue, donde aprendiendo lo que Dios havia hecho por ella, y lo que ella debia hacer por Dios, se instruia en su religion, y en sus obligaciones. Allí era, donde contemplando el mysterio de la Encarnacion, se animaba á sí misma á anonadarse con él, á nacer, y á morir, y resucitar con él. Allí era, donde havia aprehendido á esperar en su misericordia, á temer su justicia, á reconocer sus beneficios, y á pedirle sus gracias. Por estas frequentes comunicaciones fue por donde perfeccionó su espiritu. Porque, si es preciso, que siendo Dios la soberana claridad, el alma, que se llega á él, se inflame, y se abraze de amor, ¿cómo podrá dejar de suceder, que siendo, como es, la soberana verdad, á aquellos, que comunican intimamente con él, no alcancen á proporcion una luz mayor, y un conocimiento mas perfecto de sus verdades, y de sus mysterios?

Esto fue lo que Theresa experimentó con tanta abundancia, que confiesa ella misma, que estuvo por muchos dias toda confusa, y amedrentada. Parecía, que los libros de la eternidad se le havian abierto: Tuvo una clara inteligencia de las adorables grandezas del Verbo hecho hombre, de las inagotables riquezas de su sabiduría, de los tesoros maravillosos de su gracia, de los diferentes modos de conducir las almas, y de la impresion, que hace su espiritu sobre aquellas, que le están enteramente sujetas. De este modo la tierra havia llegado á ser para ella como un lugar de destierro; y su conver-

sacion era en el Cielo. Allí es, donde elevandose sobre todas las cosas sensibles, vá á buscar á Dios, como á fuente de toda perfeccion, y de toda belleza; le considera como al origen de todo bien, le abraza como á principio de la verdad, y de la bondad, y se abisma en la contemplacion de su inmensidad, y de su grandeza; tan presto por los raptos, los arrobos, y los extasis, en los quales quedaba su cuerpo suspenso, è immobil; tan presto por aquellas reflexiones, por las quales uniendose el espiritu á Dios, no dejaba casi ningun uso á sus sentidos.

En este estado me la represento yo bajo la imagen de aquel mystico carro, que se le apareció al Profeta Ezequiel. Hacia mover aquella machina volante un espiritu poderoso, y sutil, el ayre le abria paso con respeto por todas aquellas partes, por donde le llevaba su agitacion; y las ruedas, que parecian haverse hecho, para conducirle, ó para pararle con su peso, se elevaban con él, y seguian el impulso, y movimiento del espiritu. (a) Lo mismo sucedió á Santa Theresa en aquellas frequentes elevaciones, y en aquel impetuoso vuelo de su cuerpo; elevanse con su alma los organos, y los resortes de aquellas maravillosas ruedas, donde el espiritu hace sus operaciones; ya fuese para acompañarla, quando iba á gustar las dulzuras celestiales; ya fuese para ir delante de ella quando buelve á bajar sobre la tierra, cargada de tesoros, que saca de la contemplacion, para darse á los oficios de la caridad.

Apartense de aqui aquellos hombres incredulos, que tienen por ilusion todo, quanto no se contiene en el orden comun de la gracia, que miran como imposible todo lo

(a) *Eunte spiritu, & rota pariter elevabantur:*
Ezech. i. v. 20.

lo que parece extraordinario; y que por hacer de espíritus fuertes, y por no querer reconocer en otro lo que ellos no sienten en sí, lo gran luan todo de fantasía, y de error; y toman motivo para vituperar la flaqueza de los hombres, de aquello mismo, que debia obligarlos à alabar, y admirar el poder de Dios. Sepan, pues, que la piedad debe hacer respetar todas aquellas señales, que dá Dios de su amor; y que la caridad nos debe hacer mirar con reconocimiento, y con estimacion todas las gracias, que Dios hace à los otros. Sepan, que por evitar una ligera credulidad, caen en una incredulidad presuntuosa, y que se engañan à sí mismos por temor de ser engañados. Sepan, en fin, que la gracia divina tiene muchas formas; que su espíritu se comunica, como quiere, y quando quiere; que su poder se eleva muchas veces sobre nuestra capacidad, y sobre nuestro juicio; y que hay tambien en el arte de conocer à Dios, y de amarle, así como en todas las demás artes, ciertos secretos, que no son conocidos, sino de aquellos, que las practican, y que se aventajan en ellas.

No obstante, para no detenerme en aquellos admirables efectos de la gracia, que son tan fuertemente superiores à nosotros; tres cosas hay que hacen à un alma ilustrada; el recogimiento, la humildad, y la caridad. La primera impide las tinieblas, la segunda atrae las luces, la tercera las produce. Por estos tres medios fue por donde nuestra Santa llegó à aquellos grandes conocimientos.

Porqué ¿de donde proviene, que se viva en la obscuridad; que se ore, y que no se llegue à ser, ni mas inteligente, ni mas ilustrado en las cosas de Dios? El motivo es, porque se disipa uno demasiado en el Mundo. Recogense en él todos los dias un tropel de imágenes, que se imprimen en el espíritu, y en la fantasía, y se renuevan en él à cada momento. Daseles entera libertad à nuestros sentidos, y à nuestros pensamientos:

tos: y qué apariencia hay de que se pueda reducirlos, y atraerlos à Dios, quando se quiera? Dejamos à nuestro corazon, que se distraiga en mil objetos mundanos. ¿Y creerémos hallarle despues, siempre que se tenga necesidad de él en la oracion? Nosotros olvidamos à Dios por todo el espacio del dia: ¿Pues ha prometido por ventura, que vendria à presentarsenos el mismo à las horas, que le huvieremos señalado? Costaríanos mucha dificultad aguardarle; como si la gracia pudiese entrar en una alma llena de deseos seculares; como si fuese posible juntar la vanidad con la verdad; las cosas eternas con las temporales; los bienes del Cielo con los de la tierra.

Pero Santa Theresa tomó bien diferentes precauciones. Ella previno todas las avenidas de su corazon, segun el precepto del Sabio; acompañó todas sus acciones de una secreta presencia de Dios. Todos los objetos, que movian su espíritu, eran para ella como otras tantas ocasiones de orar, y de honrar à Dios. Miraba atentamente à su Ley, como un Artesano mira su modelo, para imitarle; siempre ocupada, ó en servirle en sus acciones; ó en consultarle en sus designios, ó en considerarle en sus intenciones, ó en recurrir à él en sus necesidades, ó en admirarle en sus obras, ó en amarle en sus beneficios. Y nos admiraremos, de que no hallandose turbada de alguna pasion, recibiese las luces del Espíritu Santo; y que estando unicamente aplicada à conocer à Dios, se aplicase tambien Dios à dejarse conocer de ella.

No le sirvió menos su humildad para adelantarse en este conocimiento. Bien lejos de creer, que aquello fuese una recompensa de su virtud; creía, que era una señal de su flaqueza; como si Dios huviese conocido, que tenia necesidad de aquellos socorros, para contenerla en sus obligaciones; reconocia ella, que la perfeccion no consiste en estos extraordinarios conocimientos, sino en la union de nuestras voluntades con la de Dios.

Dios. No era del numero de aquellas almas preocupadas, que por una secreta vanidad, quieren señalarse en la devocion; que toman lo que pasa en su imaginacion por verdades, que Dios las revela, porque estas gustan de hacer ver, que son favorecidas de Dios; y se forman de la misma piedad un oficio, ó profesion, en la qual quieren salir tan ayrosas, como en las otras. ¡Oh, quan lejos estuvo nuestra Santa de este orgullo! Nada temió ella tanto, como el llegar á ser el espectaculo, y admiracion de su siglo. Ingeniosa en descubrir sus defectos, y en ocultar los extraordinarios favores, con que Dios la honra, pronta á reprimir delante de los hombres las luces, que participaba de Dios, quema al primer Orden de un Confesor la explicacion, que havia hecho de los mas bellos, y de los mas dificultosos lugares de la Escritura. Da licencia á los que estaban encargados del cuidado de su conciencia, para que con libertad puedan publicar sus pecados; y no les pide el secreto, sino para sus virtudes; huviera querido no saber escribir, sino para publicar sus defectos. ¿Y será lícito admirarse, si el Espiritu de Dios, que gusta de reposar sobre las almas humildes, se complació en comunicarla sus luces?

Pero principalmente la caridad fue la que produjo en ella el principio de tan sublimes conocimientos. Sabia muy bien, que hay un ojo dentro del corazon, que solo él es capaz de sufrir las luces, que vienen de lo alto; que para conocer la grandeza de Dios, segun el Apóstol, es necesario estar fundada, y arraigada en la caridad; y que así como el temor del Señor es el principio de la sabiduría, su amor es la perfeccion, y el fin. Aquí sería la ocasion, y el lugar proprio de hacerlos juzgar por el ardor de su caridad, de la excelencia de sus luces; pero yo no puedo daros otra mayor idea de esta misma caridad, que trazandoos aquí la pintura de sus deseos.

Dios.

SE-

SEGUNDA PARTE.

ENSEÑANOS San Agustín, que toda la vida de un Cristiano, no debe ser mas, que un largo, y piadoso deseo, porque reconociendo delante de Dios sus necesidades, y su impotencia, y no viendo el Soberano bien sino desde lejos, es necesario, que ensanche la capacidad de su alma, para que Dios la pueda llenar; que mire con afecto el bien, del qual todavia no puede gozar con plenitud; y que haciendo de esta vida presente, como una especie de noviciado para la futura, suspire por aquel eterno bien, y desee largo tiempo lo que ha de poseer para siempre. Ninguna cosa descubre tanto (añade el mismo Padre) el fondo del corazon, y de la conciencia de los hombres, como sus deseos; y nada hay tampoco tan natural, como el juzgar de lo que aman, por lo que desean. Veamos, pues, qual fue la perfeccion de los deseos, y por consiguiente, de la caridad de Santa Theresa.

Aquí, Señores, me remonto yo á los mas tiernos años de su vida, y á los primeros movimientos de su infancia. Maduraron á un tiempo en ella la razon, y la caridad; tuvo fervor, desde que tuvo conocimiento; fue la primera prueba, que hizo de su tierna libertad, un voluntario sacrificio de sí misma; los primeros exemplos, que siguió, fueron los de los perfectos; los primeros pasos, que dió, en los caminos de Dios, la conduxeron á la Cruz de Jesu-Christo, que es el ultimo termino; y para decirlo de una vez, su primer deseo fue el deseo de ser martyr. Creyeron algunos Doctores (y es razon creerlo así) que en aquel instante, en que la luz de la razon comienza á rayar en nuestro entendimiento, y en que se descubren las potencias de nuestra alma, estamos indispensablemente obligados á levantar nuestro corazon á Dios, á adorar aquel soberano Ser, que es el unico fin de todas nuestras acciones, y el unico objeto de todo nuestro amor; á consagrarle las primicias de nuestro espiri-

Tom. 2.

S

tu,

tu, y á avivar la fé de nuestro Bautismo, porque aquel tiempo es, à lo que llaman la verdadera entrada del hombre christiano à la vida, y como el nacimiento del hombre perfecto.

Cumplió Theresa con esta obligacion, y aun comenzó mas noblemente. El primer acto, que hizo, fue un acto heroyco de Religion. Enfadóse de vivir, luego que supo que se podia morir por Jesu-Christo; y comenzó á ser christiana por la consumacion de la caridad. Tocada de la gloria, y del valor de los martyres, cuyas vidas, é historias leía, emprendió el imitarlos, para alcanzar su recompensa; y sin consultar, ni la ternura de su edad, ni la dificultad de los caminos, ni la grandeza del empeño, sale de la casa de sus padres, apenas cumplió siete años, para ir valerosamente á un País estranero, y á un Reyno infiel, à buscar aquella terrible espada, que debia sacrificarla à Jesu-Christo.

El Angel, que vela por la felicidad del Carmelo, y por la gloria de toda la Iglesia, detuvo esta inocente víctima. Aceptò el Cielo sus intenciones, pero no quiso su sacrificio: Teniala destinada para otros combates, y la preparaba otras Coronas. Aunque Dios la conservase aquella vida, y aquella sangre, que ella le ofrecia, no por eso dejaría de ser martyr. Las persecuciones, los sufrimientos, el amor mismo de Jesu Christo debian executar algun dia lo que los Tyranos no havian executado; y la experiencia la hizo conocer, que era del numero de aquellos, que por medio de continuas mortificaciones, y por una especie de martyrio, menos sangriento, pero tambien mas prolongado, se santifican por los destrozos, y castigos de su propria carne, y mueren mil veces por una. Buelta à la casa de su padre, llora su desgracia; y no hallando consuelo sino en encerrarse en unas pequeñas Hermitas, que edificaba con sus propias manos, para orar mas tranquilamente, y para huir de los ojos de los hombres, se iba acostumbriendo á aquella vida de oracion, y de retiro, à que por un instinto secreto se sentia

ria llamada, mostrando desde aquella tierna edad, por lo que ella hacia por Dios, lo que Dios obraba en ella; y haciendo ver, que toda edad es perfecta delante de él, quando se digna fortalecerla con su virtud, y prevenirla con sus gracias.

Pero ay, ¡y quan difícil es, que una alma sin experiencia se pueda escapar de tantos peligros, y de tantos lazos, como le arma el Mundo; y que las mas generosas resoluciones no se hallen interrumpidas por alguna fragilidad! Confesemoslo, Señores, y no disimulemos una falta, que Theresa tan altamente ha exagerado. Excitòse en su corazon algun deseo mundano, y entibió en él el ardor de su primera caridad. El exemplo de una madre, virtuosa à la verdad, pero muy aficionada á la lectura de las Novelas, y Romances, la frecuente comunicacion de una parienta encaprichada en las vanidades, y en las locuras del siglo, y yo no sé qué humaredas, y vapores, que se levantan de los hervores de la sangre, y del calor de la juventud, todo esto conspiró à obscurecer un poco su razon, y resfriar su piedad. Ciertos deseos vagos de agradar, de ver, y de ser vista, ciertas complacencias, que el Mundo perdona, y disimula facilmente á los juvenes, y á las doncellas quando ellas tienen con que mantener su vanidad; ciertos adornos, y aseos afectados, sin otro designio, que el de satisfacer su amor proprio; ciertas lecturas gustosas, y atractivas, que arrastran el corazon por un encadenamiento de pasiones graciosamente expresadas, y que alimentan en el espíritu una vana, y frivola curiosidad; estas fueron las faltas sobre las quales no se hace alto oy dia, ni aun se quieren examinar, y que no obstante Santa Theresa las llorò amargamente por todo el discurso de su vida, aun quando ella conociese muy bien, que no havia perdido en este estado tan peligroso, ni el temor de Dios, ni su gracia.

¿Pues qué huviera hecho, si huviese pasado su juven-

ventud, en indagar las modas, los adornos, y atavios y formarse una especie de estudio de las vanidades, y de las estravagancias del siglo? ¿Qué huviera hecho, si no huviese cesado de frequentar los espectaculos, y las diversiones del Mundo, recogiendo las pasiones de otros, y entregandose á las suyas propias? ¿Qué huviera hecho, si huviese aguardado para dejar el Mundo, à que el Mundo la huviese dejado á ella? ¿Y si no huviera tenido, que dár à Dios mas que un corazon corrompido, y las reliquias de una vida escandalosa? ¿Qué huviera hecho, si huviese abusado del entendimiento, y de la hermosura, que Dios le havia dado, y la huviese empleado en perder las almas, que Dios havia criado para su gloria? No necesitaba èl tanto, para empeñarla en una penitencia larga, y laboriosa.

Pero dispòse bien presto esta nube. Dios, que la conducia, y gobernaba, la hizo conocer, que el Mundo es un mar tempestuoso, donde los Navios pequeños, y fragiles, entre las tinieblas, y las tempestades, se sirven de escollo los unos á los otros, se rompen á un mismo tiempo, y perecen en un mismo naufragio; que es una region miserable, donde es tan general la corrupcion, que ser corrompido, y corromper á los otros (como decia aquel antiguo) es el exercicio comun, y la mutua ocupacion de los hombres, todo por la impresion, que hace un mal exemplo; á la manera que el campo mas abundante es muchas veces asolado por un repentino granizo. Convencida de estas verdades, y temerosa de estos peligros, encendió su primer deseo, y no habiendo podido dár su vida por Dios, à lo menos resolviò darle su libertad, consagrandose á èl en una profesion santa, y religiosa.

Entonces viendose honrada con la qualidad de esposa de Jesu-Christo; y hallandose ya en el camino de una perfeccion, que tanto havia deseado, diò toda la extension, que pudo, á su caridad. Todo sus sentidos,

todos sus pensamientos, toda su gloria, todas sus supplicas eran de pertenecer solo à Dios, y de agradarle. Tan presto encerrandose en sí misma, despues de haver recibido alguna gracia, juntaba todas las fuerzas de su alma, para hacerle algun grande homenaje á su bienhechor. Tan presto à la vista de una imagen de Jesu-Christo crucificado, enternecida de piedad, herida de dolor, animada del reconocimiento, abraçada de amor, y reuniendo todos estos movimientos al deseo, que tenia de agradarle, que era como el centro de su corazon, se deramaba en lagrimas, y se anonadaba delante de su Salvador. Tan presto pidiendole su asistencia, para que ella pudiese agradarle en toda su conducta, sintiendo en su alma un desasimiento secreto de todas las cosas criadas, y una sensible confianza, de que sus votos serian oídos, salia como fuera de sí misma, y apenas podia la debilidad de su cuerpo sufrir la alegria de su alma; su fidelidad siempre fue inalterable, los consuelos jamás afeminaron su virtud, las tribulaciones no acobardaron su valor, y en tan diferentes tiempos siempre fue igualmente sumisa, y fervorosa.

Y para comprehender bien hasta donde llegó en Theresa aquel deseo de agradar à Dios, y qual fue el fondo de su devocion, observad conmigo, que hay dos suertes de fervor; un fervor de sentimiento, y un fervor de resolution: El primero es, quando una alma llevada de las gracias sensibles, y *prevenida de aquellas bendiciones de dulzura*, (a) de que se habla en la Escritura, corre en los caminos de Dios *al odor de sus perfumes*, (b) como la esposa de los Cantares. La Ley llega à hacersele, no solamente facil, sino agradable: Las dificultades, que

acom-

(a) *In benedictionibus dulcedinis.* Psalm. 20. v. 4.

(b) Cant. 1. v. 3.